

en que O'Higgins lanzó al aire
 su voz de rayo y arena
 y los bravos con la espada
 que se ha trocado en centella
 saltaron sobre el hispano
 y rompieron las trincheras
 de la plaza de Rancagua
 que ardía como una tea.
 Allí concluyó la historia
 de la noble Patria Vieja.
 Allí detuvo el destino
 el paso de la epopeya
 y en las casas de Rancagua

flamearon banderas negras
 con el luto de los hombres
 que en la agonía suprema
 fueron llama y holocausto
 en duro pecho de piedra
 y entregaron a la Patria
 todo el fervor de sus venas
 para que ella fuese libre,
 como el mar, como la flecha,
 como la mano de Dios
 tendida sobre el planeta.

Rostro de Chile, págs. 77-80, 81-82.

PABLO NERUDA

B. O'Higgins Riquelme (1810)

O'Higgins, para celebrarte
 a media luz hay que alumbrar la sala.
 A media luz del sur en otoño
 con temblor infinito de álamos.

Eres Chile, entre patriarca y huaso,
 eres un poncho de provincia, un niño
 que no sabe su nombre todavía,
 un niño férreo y tímido de la escuela,
 un jovencito triste de provincia.
 En Santiago te sientes mal, te miran
 el traje negro que te queda largo,
 y al cruzarte la banda, la bandera
 de la patria que nos hiciste.
 tenía olor de yuyo matutino
 para tu pecho de estatua campestre.

Joven, tu profesor Invierno
 te acostumbró a la lluvia
 y en la Universidad de las calles de Lon-
 [dres
 la niebla y la pobreza te otorgaron sus tí-
 [tulos
 y un elegante pobre, errante incendio
 de nuestra libertad,
 te dio consejos de águila prudente,
 y te embarcó en la Historia.
 "Cómo se llama Ud." reían
 los "caballeros" de Santiago,
 hijo de amor, de una noche de invierno,
 tu condición de abandonado
 te construyó con argamasa agreste
 con seriedad de casa o de madera
 trabajada en el sur, definitiva.
 Todo lo cambia el tiempo, todo menos tu
 [rostro.

Eres, O'Higgins, reloj invariable
 con una sola hora en tu cándida esfera:
 la hora de Chile, el único minuto
 que permanece en el horario rojo
 de la dignidad combatiente.

Así estarás igual entre los muebles
 de palisandro y las hijas de Santiago,
 que rodeado en Rancagua por la muerte
 [y la pólvora.

Eres el mismo sólido retrato
 de quien no tiene padre sino patria,
 de quien no tiene novia sino aquella
 tierra con azahares
 que te conquistará la artillería.

Te veo en Perú escribiendo cartas.
 No hay desterrado igual, mayor exilio.
 Es toda la provincia desterrada.
 Chile se iluminó como un salón
 cuando no estabas. En derroche,
 un rigodón de ricos substituye
 tu disciplina de soldado ascético
 y la patria ganada por su sangre
 sin tí fue gobernada como un baile
 que mira el pueblo hambriento desde fue-
 [ra.

Ya no podías entrar en la fiesta
 con sudor, sangre y polvo de Rancagua.
 Hubiera sido de mal tono
 para los caballeros capitales.
 Hubiera entrado contigo al camino,
 un olor de sudor y de caballos,
 el olor de la patria en Primavera.

No podías estar en este baile.
 Tu fiesta fue un castillo de explosiones.
 Tu baile desgredado es la contienda.
 Tu fin de fiesta fue la sacudida
 de la derrota, el porvenir aciago
 hacia Mendoza, con la patria en brazos.

Ahora mira en el mapa hacia abajo,
 hacia el delgado cinturón de Chile
 y coloca en la nieve soldaditos,
 jóvenes pensativos en la arena,
 zapadores que brillan y se apagan.

Cierra los ojos, duerme, sueña un poco,
 tu único sueño, el único que vuelve
 hacia tu corazón: una bandera
 de tres colores en el Sur, cayendo
 la lluvia, el sol rural sobre tu tierra,
 los disparos del pueblo en rebeldía
 y dos o tres palabras tuyas cuando
 fueran estrictamente necesarias.

Si sueñas, hoy tu sueño está cumplido.
 Sueñalo por lo menos en la tumba.
 No sepas nada más porque como antes
 después de las batallas victoriosas
 bailan los señoritos en Palacio
 y el mismo rostro hambriento
 mira desde la sombra de las calles.

Pero hemos heredado tu firmeza,
 tu inalterable corazón callado,
 tu indestructible posición paterna
 y tú entre la avalancha cegadora
 de húsares del pasado, entre los ágiles
 uniformes azules y dorados,
 estás hoy con nosotros, eres nuestro,
 padre del pueblo, inmutable soldado.

Canto General. Págs. 98 a 100.

MAX JARA

Yerbas Buenas

I

Yerbas-Buenas de Linares:
 casas grises entre vegas;
 esteros van por rastrojos,
 alamedas, alamedas...
 Nieves tempranas de abril
 bajan por la cordillera.
 Campanas llaman palomas
 en el vuelo de la queda.
 Entre un vaho de neblina,
 bajo las primeras estrellas,
 una tonada se va;
 acompañanle la queda,
 olor de tierra mojada
 y chirridos de carreta.
 En la falda de la loma
 una lucecilla tiembla.
 Sin luna viene la noche;
 y se adivinan apenas
 en la obscuridad del llano
 aguas vivas, alamedas...

III

Así te veo al llegar
 esa noche Yerbas-Buenas,
 en que a la patria naciente

bautizaran en tu iglesia
 con sangre de hombres del rey
 brazos de gente chilena;
 por madrina, tu capilla;
 por padrinos, los Carrera.
 Todo el Sur estaba en armas
 por el rey y con Pareja.
 Los hombres todos huyeron,
 sólo las mujeres quedan,
 lloran tal vez, pero a solas;
 nadie en voz alta se queja,
 porque no hay humillación
 en llorar, sin que lo sepan,
 cuando la carne que muere
 es la propia carne nuestra.
 Desde Concepción al Maule
 galopando va la guerra;
 la sigue el odio, al acecho,
 riéndose de su miseria.
 Por allí por donde pasa
 sangre brota de la tierra;
 el odio la va bebiendo
 para ser más fuerte que ella.
 Llegó la hora del triunfo
 y se llamó Yerbas-Buenas.
 España armada descansa
 al amparo de su iglesia;
 todo el ejército en sueños,
 la noche por centinela.